

Amor al arte

Rechazó el ofrecimiento mediante un gesto amable, así que no insistí. Le dejé mi libro en el mostrador y me marché con la bolsa de adjetivos rimbombantes que le traía y que —según ella— no sirven “pa ná”.

Y es que, en realidad, doña Eulalia no necesita mi ayuda ni la de nadie. Le basta con que le des tu obra y tiempo suficiente para trabajar. Conoce bien su oficio. Lleva medio siglo al frente del negocio familiar: un pequeño taller de costura en la calle grande que ha pasado de generación en generación. Pero no es un taller cualquiera, no. Remienda historias de pobre calidad. A veces las rehace enteras; otras, se limita a ponerles un parche o las moderniza con detalles más actuales.

Sus clientes son en su mayoría novelistas sin suerte como yo que se acercan con la esperanza de que les arregle lo que ellos no ven forma de enmendar. Le traen la materia prima, pero no saben cómo urdirla o se les deshace el nudo o les falta algún corchete para enganchar.

Las estanterías están llenas de buenos hilos conductores, títulos y desenlaces increíbles clasificados por colores, temas o intensidad. Ella descose con mimo las palabras mal puestas y engarza otras más hermosas que tiene guardadas en botecitos de cristal. Refuerza con doble respunte las tramas flojas, hilvana el tejido con conflictos potentes, recorta los flecos sueltos y remata la pieza con un buen final.

Cuando está segura de que, efectivamente, ha bordado la obra, la entrega en el plazo indicado para recibir —una vez publicada— un dos por ciento del diez por ciento del autor. Hoy he recogido la mía y, al preguntarle por qué se dedica a este arte que la empobrece, ha respondido: “Por lo mismo que usted, por amor”.